El Despertar de la Luz

CARINA ROSAS

Image not found.

Capítulo 1

| Carina M. Rosas |

Agradecería que si les gusta la historia me lo hagan saber saber ya sea pinchando el boton de "quiero que lo publiquen" o simplemente mandarme un mensaje con su opinión, positiva o negativa, me gustaria conocerla. Gracias. ;)

Capítulo UNO

BRAXTON

Morí hace doce lunas, y de alguna manera mi cuerpo se empeña en seguir respirando, mi mente repasando una y otra vez los pasados acontecimientos, ahogándome aún más en la miseria de la pena y la culpa.

-Braxton, por los Dioses. ¡Ya basta!.- Exclamo mi madre fríamente, atravesando la oscuridad de mi habitación en pocos pasos y abriendo de par en par el enorme ventanal que adornaba una pared entera.

Los rayos del sol de media mañana inundaron de inmediato cada rincón del cuarto, cegándome en el proceso. Con intención de evitarlos, gire lentamente mi cuerpo hasta darle la espalda a la luz, y empeñándome en seguir a oscuras me cubrí por completo con el edredón.

Los tercos pasos de mi madre resonaron una vez más sobre la madera, deteniéndose a mi lado al quitarme de encima bruscamente el cobertor.

- Es suficiente Braxton. Me rehúso a permitir que continúes de esta manera. Tienes que seguir adelante.

No he hablado en días, y no me apetecía empezar ahora. Ya no hay más Braxton.

-¡Braxton!- Exclamo desesperada, tomándome del brazo y girándome hacia ella.

Sus ojos azules se encontraron con los míos y me di cuenta de que a pesar de que su voz era fría y demandante, su mirada estaba llena de dolor, tal como la mía.

-No fue tu culpa. – Me dijo ferozmente, articulando cada palabra lentamente, su voz temblando de desesperación al querer que me lo creyera.

Si pudiera reír, lo hiciera.

Por supuesto que era mi culpa. Yo era el que no debería estar más en este mundo. Mi padre y mi mejor amigo, mi hermano Max están muertos por culpa mía. Todo por mi maldita arrogancia, mi idiotez.

Pero no, el gran Braxton siempre tenía un mejor plan, tenía que ser el héroe. Yo era el elegido.

Yo soy el culpable de que ahora este solo. El último Balaguer, familia real de Krigan y guardianes de los herederos, ese era yo. Y no lo merecía. Yo era el que debería de haber muerto en esa maldita isla quince días atrás.

Ahora que mi padre ya no estaba con nosotros, las responsabilidades que conllevaba mi apellido caían solo en mí. Liderar a los herederos, recuperar nuestro reino, derrotar al heredero oscuro, buscar al siguiente heredero de la luz ahora que Max estaba muerto, entre muchas otras cosas.

Demonios.

Toda mi vida me había preparado para eso, pero aun así, siempre di por hecho que ocuparía el puesto cuando mi padre fuera demasiado viejo para seguir con el cargo, cuando lo enterrara por fin con un reino entero en duelo por su partida, con una corona en su cabeza, con el título de "El que redimió sus tierras", el mejor de los Balaguer. No como fue en realidad.

Contaba muchos años más con él a mi lado, pero ahora lo único que me acompaña es ésta culpa que llevo en el pecho. No sentía la voluntad de nada, me sentía como un niño perdido, mi confianza, todo lo que creía ser, se quebró el momento en el que enterré el cuerpo sin vida de mi padre y el de Max en esas tierras olvidadas y malditas.

- Déjame solo madre. Por favor.- Logre decir apenas. Una voz ajena a la mía saliendo de mi garganta, ronca por no utilizarla desde aquel día.

Yo también lo extraño Braxton, a los dos, sabes que Max fue como un hijo para mí, pero no me puedo permitir caer, porque no quiero que sus vidas se pierdan en vano. Sabes lo importante que era para tu padre esto, somos los últimos Braxton, es nuestra última oportunidad.- Decía mi madre sonando cada vez más desesperada. Al notarlo, trato de

tranquilizarse respirando profundamente, exhalo unos segundos después la gran bocanada de aire y más calmada continuo: - El amuleto aún sigue inactivo, pero necesito, no, necesitamos que salgas de tu cuarto, comas y te concentres en el siguiente paso. Aun nos tienes a Regan, Alana, Erintia, Nikola y a mí. Juntos vamos a salir de esto.- Sin esperar respuesta, escuche sus pasos contra el suelo alejarse y el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse de nuevo.

Mi madre siempre había sido una mujer muy hermosa, con gracia para todo lo que hacía; alta, largo cabello rubio y unos hermosos ojos azules con pupilas alargadas como todos los elfos de Krigan. Siempre había sido la más fuerte de los tres. Era de esas personas que sabía que decir todo el tiempo, conocía lo que estabas pensando sin siquiera decirle. Estaba seguro que mi padre había logrado ser el hombre que fue gracias a tenerla a ella por un lado.

No moví un musculo por otro buen rato, las palabras de mi madre y los eventos de las próximas semanas dando vueltas en mi cabeza. Estaba consciente de que por más que me doliera seguir sin ellos, las palabras mi madre tenían razón, éramos los últimos Balaguer elfos guerreros, la poderosa dinastía con el honor y deber de guiar a los herederos.

El mundo como se conocía se vino abajo el día en el que la heredera oscura hizo su primer ataque en Krigan, el evento fue una brutal masacre sin precedentes que desbalancearía la existencia como se conocía. La magia, geografía, cultura, comercio y hasta características físicas y teológicas de cada reino, se verían afectadas drásticamente. Maldición, hasta el maldito lunario se reinició desde aquel condenado día. Al año que siguió del ataque se le dio el nombre de 1 D.O (después de la oscuridad)

Corría el año 300 D.O ya, en menos de cuarenta lunas más, sería el 301. Y sólo persistía un Balaguer, yo.

Nadie esperaba la traición de la heredera. Los otros cinco herederos fueron asesinados, al igual que Reston Balaguer, rey de Krigan en ese momento. De alguna manera antes de morir, Reston se las ingenió para ayudar a escapar a la reina y su hijo Brandon, que en aquel entonces solo contaba con siete años. La reina huyo con el niño y la responsabilidad de ser la única en poder entrenarlo, inculcarle la historia de los Balaguer y sus deberes con el reino, y el mundo. Se ocultaron en un castillo de la familia que muy pocos conocían. Construido entre las montañas Marlon que se encontraban en la frontera de nuestro reino con el de Magus, reino

de las hadas.

Desde entonces, los Balaguer hicimos de esas montañas un hogar.

Nací aquí mismo, como todos los otros Balaguer después de la llegada de Brandon y su madre. Seguía sin creer que ahora era el último, conllevando con eso la responsabilidad de continuar con mi linaje. De contraer matrimonio y asegurarme de engendrar hijos que sean los herederos del reino una vez lo hayamos recuperado, y guardianes para los futuros herederos.

Contaba con veintidós años de vida, la misma edad que mi padre al tenerme a mí. Y yo no estaba ni cerca de tener a mi primogénito. Aunque estaba seguro de que a Lavinia le encantaría la idea, seguía posponiendo el asunto. A pesar de que era mi prometida a matrimonio desde que tenía quince años, nuestra unión no había podido llevarse a cabo, siempre por alguna u otra cuestión. Viajar siempre era peligroso en mi caso, creaturas oscuras merodean por todas partes, siempre con la esperanza de atrapar algún heredero o Balaguer para cobrar recompensa. Mi matrimonio con el de Lavinia sería una invitación abierta a las fuerzas oscuras a capturarnos. Las cosas eran demasiado complicadas.

Sin embargo, estaba seguro de que sin mi padre, mi madre presionaría el asunto. No podía dejar pasar más tiempo, tenía que casarme con Lavinia y sembrar mi semilla en ella lo antes posible. No podía permitir que después de cientos de años, existiendo entre las sombras, los Balaguer se extinguieran conmigo.

Lentamente abrí mis ojos, y con dificultad le planté cara a la luz de mi ventanal.

Luz… Max.

No imaginaba cómo sería mi vida sin la chispa de Max, era imposible que el próximo heredero fuera mejor que él. Nadie lo sería, jamás. No había pasado mucho tiempo desde que emprendimos la búsqueda de un nuevo heredero cuando Frank, el anterior heredero del aire murió durante una emboscada en el bosque de Willward. Cuando lo encontramos, resulto ser apenas un chico de catorce años, también un Krigano, como yo, su nombre es Nikola, pero lo llamamos Nik. El pobre es huérfano desde que tenía memoria, y vivía de robar en un pequeño pueblo minero. Al principio, no conocía siquiera la leyenda de los herederos, como muchos otros durante esta turbulenta época. Pero con el poco tiempo que tenía con nosotros, había aprendido mucho, era inteligente y sobre todo tenía ganas de luchar, de recuperar su reino y lo que el mundo una vez fue.

La gran bruja, matriarca de las brujas de las montañas antes de ser capturada durante un ataque del ejército oscuro, les otorgó a los Balaguer un amuleto, un tipo de brújula que en vez de apuntar al Norte, nos dirige hacia el heredero que hay que encontrar. Eso nos había hecho el trabajo de encontrar a los herederos más fácil, ya que las fuerzas oscuras buscaban desesperadamente llegar a los otros herederos antes que nosotros, para evitar que se convirtiesen en una amenaza. El artefacto se iluminaba cuando detectaba al siguiente heredero en el color de su elemento, ya que Max era el heredero de la luz, el amuleto tenía que tomar un color blanco cuando estuviese listo.

Y por más que me empeñaba en negarlo o que no quisiese aceptar la situación, tenía que seguir adelante, por mi padre, por Max, por mi familia, por el mundo.

De modo que, reprimiendo los deseos de quedarme en la oscuridad de mi cuarto para siempre, me levante de la enrome cama y me dirigí al cuarto de baño, decidido a tomar la ducha que mi madre había ordenado preparar hacia horas ya.

Me desvestí desganado, y me introduje en la enorme y elegante tina de plata ornamentada con hermosos detalles. El agua helada empapo mi piel haciendo que inmediatamente todos los vellos de mi cuerpo reaccionaran a la defensiva, reprimí el deseo de alejarme y me zambullí con velocidad.

Lo necesitaba, necesitaba sentir algo que no fuera solo la culpa, el dolor y miedo que me invadían. Y sin previo aviso, el contraste del agua helada con lo caliente de mi cuerpo me estremeció de tal manera que abrió paso a un llanto que tenía días reprimido. Mi cuerpo temblaba mientras presionaba las palmas de mi mano ferozmente sobre mis ojos, con la intención de frenar el río de lágrimas que brotaban de ellos, sin éxito alguno.

Salí hacia mi recamara con la promesa de no volver a quebrarme de esa manera, y con el objetivo de por ellos terminar de una vez por todas con todo este maldito desastre, del que llegue a la conclusión, solo es responsable una sola persona, la heredera oscura.

Decidí entonces, que yo iba a ser quien acabara con él o ella, o quién demonios sea quien ahora dirigía las fuerzas oscuras. Me propuse ser la última generación de Balaguers destinados a nacer en la oscuridad. Como mi padre solía decir: todo esto… es más grande que los problemas de una

sola persona.

Ahora lo entendía.

Y por cosas del extraño destino, con un tiempo perfecto, al levantar la vista divise colgado sobre la enorme cama el amuleto, emitiendo una tenue luz blanca, preparado para guiarme hasta el próximo heredero.

Era tiempo de seguir adelante.

Capítulo 2

Capítulo DOS

ANIRAC

Estaba exhausta y hambrienta. No había dormido bien en dos largos y aburridos días asechando a una asquerosa arpía. La seguí hasta una cueva en una colina al fondo del bosque cuando la vi arrastrando a un pobre lobo que quedó rezagado de su manada al quebrarse la pata. El lobo era grande, macho, pelaje gris y hermoso, presumía que de unos ochenta kilos y aun así, la maldita perra lo cargaba como si fuera una simple rama.

Por lo que fui capaz de ver, a la arpía le faltaba la mitad de un ala. Estaba segura que la había perdido en el reino oscuro, oficialmente llamado Drinam que era gobernado por las Banshee, una especie de criaturas oscuras con piel pálida, hermosas facciones, orejas puntiagudas, cuerpo curvilíneo y ojos completamente negros, a claro, su característica más distintiva, pies de cabra. Según tenía entendido, sus leyes eran severas y cuando alguna de ellas se quebrantaba, se encargaban de que el precio que se pagara, fuera caro y jamás se olvidara.

Asumía que después de que le cortaran en ala dejo Drinam, y viajo a Speranta como muchos otros antes que ella.

A diferencia de a los otros reinos, Speranta no tenía gobierno, ni familia real, ni nada quien tomara posesión de aquellas vastas tierras, por lo que era el destino de todos aquellos que quisieran o fueran destinados a abandonar su lugar de origen. Claro que no siempre había sido así, Speranta había sido en el pasado el reino de los nobles y valientes gigantes. Lamentablemente, al desatarse la oscuridad ellos fueron los primeros en caer, su raza pasaba por graves problemas, sus hembras no podían engendrar y las pocas que lo hacían perdían a los nonatos, el ataque oscuro termino siendo su perdición.

Después de que las tierras quedaran sin gobernantes, muchos intentaron reclamarla, pero con la guerra que ya existía, ninguno tuvo éxito y término poblando por todo tipo razas como esa arpía oscura, o yo que era humana, o hadas, elfos, enanos, la lista sigue. La mayoría de los ahora habitantes del reino fueron desterrados de su tierra de origen, otros lo habitaban porque no querían ser gobernados por nadie, otros por buscar una mejor vida, como lo había hecho yo, cuando a los 17 años deje

Mística, mi familia, mi posición y vine aquí, con Dan, enamorada y segura de que iba a tener una vida larga y feliz.

Aunque eso no fue lo que pasó, en efecto, lo tuve todo por un tiempo, éramos felices los tres hasta un atardecer en el que me arrebataron todo. Después de eso, me dedique a vivir al día en los bosques, matando a todas las criaturas oscuras que me encontrase en el camino, tratando de sentir que hacía algo por su recuerdo, o por lo menos algo para zacear un poco mí maldita impotencia, mi sed de venganza.

Mi vida desde entonces, había consistido en deambular por toda Speranta, cazar mi propia comida, dormir en el suelo del bosque y excluirme de toda civilización. Al menos que necesitase dinero para comprar armas o ropa, en ese caso, vendía lo que lléguese a conseguir en el bosque a algún comerciante.

Escondida entre las ramas de un pino por fin veo movimiento en la cueva de la asquerosa criatura, era hora de que saliese de caza de nuevo. La noche ya había caído, y el frío comenzaba a penetrarme hasta los huesos, tenía que moverme antes de que los dedos se me congelasen y no pudiera ni usar el arco.

Cuidadosamente, con atención a no hacer ningún ruido, baje del pino y tome posición tras un enorme tronco.

Hincada sobre una rodilla y tomando equilibrio con la otra pierna doblada al frente, prepare el arco para después apuntar directo a la cueva, lista para dejar volar mi letal flecha, dispuesta a insertarla entre ceja y ceja del rostro de la arpía en cuanto asome su maldita cara.

De pronto, alguien me sujeta por dé tras, y siento unas afiladas garras encajándose a los costados de mi cuello. Mierda, pensé.

Mis sentidos se dispararon, mis instintos tomaron posesión de mi cuerpo. Primero un horrible hedor se apodero de mi sentido del olfato; sangre, carne putrefacta, sudor, y quien sabe qué demonios más.

-¿Piensas que no detecte tu delicioso olor, humana?- Ronroneó en mí oído una voz femenina, ronca y altanera.

Su aliento era aún peor que el olor de su cuerpo, contuve el deseo de arquearme del asco con todas mis fuerzas.

Entonces comprendí de quien se trataba, la maldita arpía. Genial.

-Soy nueva en el vecindario sabes, ¿Acaso alguien te mando como regalo de bienvenida?- Siseó petulante. - Aunque estas muy flaca, eres un esqueleto andante, a mí me gusta saborear la grasa, tardar en llegar al

hueso- siguió.

Siento decepcionarte, pero por estos rumbos no creo que nada sea de tu agrado, el invierno no perdona.- Contesté con tono divertido, sin ninguna pisca de miedo.

La maldita escupió una carcajada áspera en mi oído. Sin decir una palabra más, una de las manos que tenía aferrada al cuello se soltó, no sin antes aferrar aún más la que seguía del otro lado, los cortes eran profundos, podía sentir la sangre caliente emanando de ellos.

Maldición, no podía moverme, estaba totalmente en desventaja.

Con su mano libre, la arpía lentamente desabrocho el listón que sostenía mi capa, podía sentir su inmunda sonrisa acariciando mi oreja. La andrajosa capa cayó al suelo, dejando así mi cuello expuesto por completo. Después, para mi sorpresa, sentí su asquerosa lengua tocando mi piel desnuda.

Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron violentamente al contacto, esa vez no pude evitar estremecerme de la repugnancia que me invadía. Cosa que solo sirvió para que las uñas de la arpía se aferraran con más intensidad y que su asquerosa lengua, aun sobre mi piel, se presionara con más ansia a mi cuerpo, siguiendo el camino de la sangre que brotaba de mi cuello.

Mmmm… delicioso, sangre con sudor, olor a miedo y desesperación- gruño vorazmente. -¿Estas asustada humana?, ¿pensaste que iba a ser fácil matarme?- se burló.

Un gruñido salió de mi garganta ante su comentario.

Entonces, sin previo aviso introdujo sus afilados dientes lentamente entre mi cuello y el hombro, provocando que un quejido de dolor se escapara desde mi garganta.

Un pestañear después con sus colmillos aun en mi cuello, inesperadamente la arpía fue arrancada violentamente de mi espalda, causando que las garras aferradas en mi cuello dejaran a su paso un rasguño largo y profundo. Un nuevo grito de dolor escapo mi garganta, pero sin perder tiempo me di la vuelta lo más rápido que pude, con arco en mano y flecha lista.

No lograba ver bien en la oscuridad, pero podía escuchar el sonido de algo masticando, de carne siendo desgarrada. Tense más el agarre de mi arco y me acerque al sonido, lista para dejar ir la flecha en cualquier instante.

Unos pasos después, sobre el suelo cubierto de nieve se encontraba una enorme y corpulenta loba blanca, su magnitud igual a la de un caballo pequeño. La bestia se hallaba sobre la arpía, desgarrando su abdomen con la ayuda de su fuerte mandíbula, mientras esta yacía con el cuello destrozado, inerte y con sus ojos sin vida abiertos ante la noche.

Antes de que pudiera reaccionar, la enorme bestia sintiendo mi presencia se giró a enfrentarme, el pelaje de su rostro bañado en líquido escarlata se acercaba lentamente a mi persona, asechándome, su mortal hocico abierto escurriendo sangre y saliva, sus enormes ojos grises clavados solo en mí.

¿Vaya, pero dónde estabas?- Reclamé con una sonrisa cruzándome de brazos. -Pensé que nunca ibas a llegar. ¡Casi me corta el cuello Kiara!- Seguí.

Con intención de disculparse, la noble loba se acercó a mí, estiro su enorme cuello y lamió los rasguños que me dejaron las garras de la arpía a cada costado del cuello.

No pasa nada es un rasguño, solo estoy exagerando.- Dije tranquilizándola, sobando la parte superior de su cabeza. -Además apestas a la sangre de esa cosa, quítate. Vámonos ya es tarde hay que dormir y tengo que cazar algo para comer. Tu si quieres termínate a esa- dije apuntando al cadáver de la arpía.

Me dispuse a inspeccionar el cuerpo esperando encontrar algo de valor que pudiera vender en el pueblo. Pero para mí infortunio, solo llevaba consigo una cadena que al parecer era de plata. Se la quite y me la guarde en el pantalón, el siguiente paso era revisar la cueva, así que fui precisamente a hacer eso mismo.

La cueva olía peor que ella. Del lobo no quedaba nada más que la piel ya limpia, parecía que me esperaba.

Perfecto- me dije en voz alta a mí misma.

Por la mañana en el mercado la tenía asegurada para Varok, le iba a encantar la enorme piel y me aseguraría de sacarle unas muy necesitadas monedas, la tome.

Salí en busca de mi morral, lo había dejado oculto en el agujero de un árbol, guarde la piel dentro bien doblada, con cuidado de que no manchara con sangre el interior del morral.

Al final, valieron la pena estos dos días de espera, hambre y aburrimiento total. Una arpía menos en este mundo, una enorme piel de lobo ya limpia,

y un collar de plata. Nada mal.

Entonces comencé mi caminata triunfante en dirección al pueblo. En el camino con suerte cazaría algo para comer, dormiría unas horas y por la mañana, llegaría descansada al mercado a vender mis nuevas adquisiciones.

-Vámonos Kiara- grité.